

LOS MISTERIOS DE LA SERPIENTE DE BRONCE

Volumen 1 – Sermón No. 153

Traducción: estudialapalabra.org

SERMÓN PREDICADO LA MAÑANA DEL DOMINGO

27 DE SEPTIEMBRE DE 1857,

POR CHARLES HADDON SPURGEON,

THE MUSIC HALL, ROYAL SURREY GARDENS.

“Y como Moisés levantó la serpiente en el desierto, así es necesario que el Hijo del Hombre sea levantado, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, más tenga vida eterna”.

Juan 3:14-15

Los hombres sabios nos dicen que todos los lenguajes se basan en figuras, que el habla de los hombres incivilizados se compone principalmente de figuras, y que, de hecho, el lenguaje de los más civilizados, cuando se analiza para llevarlo a su forma natural, se basa en un conjunto de metáforas percibidas por la mente, y luego usadas en el lenguaje. Esto es lo que sé, que cuando queremos enseñar a los niños a hablar, estamos acostumbrados a llamar a las cosas no exactamente por los nombres por los que las conocemos, sino por algún nombre que representan. Por ejemplo, el tipo de ruido que emite algún animal pero que, de un modo u otro, mediante una especie de figuras, el niño entiende fácilmente que representa las cosas.

Pero cierto es que, entre las naciones salvajes, el discurso se compone casi enteramente de metáforas. Escucha a un guerrero indio dirigirse a los caciques y los incita a la guerra; reúne todas las metáforas del Cielo y la tierra para hacer su discurso. Y notarás que lo mismo es cierto hasta en los nombres que tienen los guerreros indios. Aquellos de ustedes que estén familiarizados con su terminología, recordarán que los nombres más extraños se dan a sus grandes hombres, a modo de figura y metáfora para exponer las facultades de su mente.

Ahora bien, amados, es lo mismo en el lenguaje espiritual que en el habla natural. Nicodemo no era más que un niño en la gracia: cuando Jesucristo le enseñó a hablar acerca de las cosas del reino, no le habló en palabras abstractas, sino que le dio palabras metafóricas, mediante las cuales podría entender la esencia de las cosas mejor que dando él un mero término abstracto. Cuando habló con Nicodemo, no dijo nada acerca de la santificación. Él dijo: “A menos que un hombre nazca del agua”. No le habló nada del gran cambio del corazón. Pero Él dijo: “El que no naciere de nuevo, no puede ver el reino de Dios”. No le dijo mucho acerca del Espíritu cuando comenzó, pero dijo: “El viento sopla donde

quiere”.

Y cuando Jesús quiso enseñarle la fe, no comenzó diciendo: “Por la fe somos aliados de Cristo y derivamos la salvación de nuestra Cabeza viviente”, sino que dijo: “Como Moisés levantó la serpiente en el desierto”. Y así, la primera charla religiosa de los hombres convertidos debe ser siempre en figuras. No las epístolas de Pablo, las cuales son pura enseñanza didáctica, sino las palabras de Jesús que deben aplicarse primero al pecador, antes de que sea iluminado por el Espíritu Santo y comprenda los misterios del reino. Y creo haber dado con la razón por la cual nuestro Maestro usó esta figura, y le habló a Nicodemo con metáfora tras metáfora y figura tras figura, porque la raíz de todo lenguaje debe estar en las figuras.

Y ahora, hoy, estoy a punto de dirigirme a mi congregación con respecto a ese simple tema de la fe en el Señor Jesús por la cual los hombres son salvos. Y en lugar de dirigirme a ellos de manera didáctica y doctrinal, adoptaré la parábola de mi texto y trataré de imitar el ejemplo de mi Señor, al tratar de hacer clara la fe a aquellos que no son más que niños en la gracia.

Permítanme entonces, queridos amigos, describir primero a la gente en el desierto, los cuales representan a los hombres que son pecadores. Permítanme describir a continuación, la serpiente de bronce, el tipo de Jesucristo crucificado. Permítanme entonces notar lo que debía hacerse con la serpiente de bronce: debía ser levantada, y así Cristo iba a ser levantado. Y luego, notemos lo que debían hacer las personas que fueron mordidas: debían mirar a la serpiente y, por lo tanto, los pecadores deben creer en Cristo.

1. Nuestra primera figura representa HOMBRES EN ESTADO DE PECADO. Y la figura está tomada de los hijos de Israel en el desierto cuando fueron invadidos por las serpientes ardientes. ¿Puedes imaginar el horror y la consternación que se reflejaron en el semblante de los israelitas cuando, por primera vez, se vieron invadidos por un ejército de fieras serpientes voladoras? Se habían mantenido valientes en la batalla contra Amalec. Pero estas eran cosas que no temblaban ante la espada. Moisés les había enseñado el uso del arco, como está escrito en el libro de Jaser, pero estas eran cosas contra las cuales la flecha no podía prevalecer.

Habían soportado cansancio, sed y hambre. A veces el sol los había azotado de día y la escarcha de noche. Y si no hubiera sido por la preservación de Dios, las penalidades del desierto los habrían exterminado. Todo esto lo habían soportado y estaban acostumbrados a ellos, pero estas serpientes ardientes eran novedades. Y todos los nuevos terrores son terribles por su misma novedad. ¿Te imaginas cómo comenzaron a contarse unos a otros acerca de los terribles visitantes que habían contemplado? ¿Y te imaginas cómo su terror se extendió como un reguero de pólvora por el campamento y antes de que se extendiera el rumor las serpientes los estaban devorando?

Y ahora, queridos amigos, si todos pudiéramos ver nuestra posición en este mundo, hoy nos sentiríamos como Israel cuando vio a las serpientes acercándose a ellos. Cuando nuestros hijos nacen en este mundo, creemos que hay pecado en ellos, pero es terrible para nosotros reflexionar que aunque la serpiente no los hubiera mordido al nacer, ¡sin embargo, están rodeados por todas partes de innumerables males! ¿Puede un padre enviar a su hijo a este mundo perverso con conciencia de todos los males que lo rodearán, sin una sensación de terror? ¿Y puede un cristiano confiar en sí mismo para caminar en medio de esta generación impía y libidinosa sin sentirse rodeado de tentaciones que, si se le dejaran a sí mismo, sería mil veces más peligroso para él que la más destructora de las serpientes?

Pero la imagen se ennegrece. Debemos tener tonos más profundos para pintarlo. ¡He aquí el pueblo después de haber sido mordido! ¿Puedes imaginarte sus retortijones y contorsiones cuando el veneno de la serpiente había infectado sus venas? Los escritores antiguos nos dicen que estas serpientes, cuando mordían, causaban un calor vehemente de modo que había un dolor en todo el cuerpo, como si un hierro candente hubiera sido enviado a lo largo de las venas. Los que habían sido mordidos tenían mucha sed. Bebieron incesantemente y aún pedían agua a gritos para apagar las quemaduras internas. Era un fuego caliente que se encendía en la fuente y que recorría todos los nervios y todos los tendones del hombre. Fueron atormentados por el dolor y murieron con las más espantosas convulsiones.

Ahora bien, mis hermanos, no podemos decir que el pecado produce instantáneamente tal efecto sobre los hombres que son sus súbditos. Pero sí afirmamos que, si dejamos en paz el pecado, se desarrollará en miserias mucho más extremas que las que podría haber causado la mordedura de la serpiente. Es cierto que el joven que bebe la copa envenenada de la embriaguez no sabe que allí hay una serpiente. Porque no hay serpiente sino en las heces. Es cierto que la mujer que se jacta de sus riquezas y se viste bien ostentosamente en su orgullo no sabe que una serpiente ata la zona de su cintura. Porque no hay serpiente allí como ella sabe, pero ella lo sabrá cuando terminen los días de su frivolidad.

Es cierto que el que maldice a Dios no sabe que una víbora ha infundido el veneno que habla contra su Hacedor. Pero él lo sabrá en los días venideros. Mire a un borracho hinchado, véalo después de años de embriaguez que han desfigurado todo lo que era masculino en él, mientras se tambalea hacia su tumba como una pobre criatura débil. ¡Los pilares de su casa se estremecen, sus fuerzas le han fallado y lo que Dios había querido que fuera su propia imagen se ha convertido en la imagen de la miseria encarnada!

¡Mira al libertino lascivo después de que ha terminado su breve día de placer! No, es demasiado repugnante para mí pintar; mis labios se niegan a representar las miserias que nuestros hospitales ven todos los días. La repugnancia espantosa, la enfermedad maldita que devora los mismos huesos de aquellos que se entregan al pecado. Serpientes ardientes, nada

sois comparados con las lujurias ardientes. Puedes infundir veneno en la sangre, pero las lujurias hacen eso y hacen algo más, ¡infunden condenación en el alma! Cuando el pecado haya tenido su obra perfecta, cuando haya producido su última y hermosa concepción, y se haya desarrollado en el terrible crimen y la repugnante iniquidad, ¡entonces tendremos un cuadro que el Israel mordido por las serpientes no nos presentaría en todos sus horrores!

Y las sombras se espesan una vez más. ¡La oscuridad baja y las nubes son más pesadas! ¡Cuán terrible debe haber sido la muerte de aquellos que murieron por las serpientes! Hay algunas muertes en las que es dulce pensar. La muerte del difunto eminente predicador Dr. Beaumont, quien murió en su púlpito, fue una muerte que todos nosotros podríamos envidiar. Su espíritu liberado, mientras el canto de alabanza de Dios ascendía al Cielo, abandonó su cuerpo y fue inmediatamente elevado al Trono de Dios. La muerte de aquel que habiendo servido a su Señor se hunde como un grano de maíz completamente maduro, o como un sol que ha corrido su carrera. Es algo para ser observado y recordado con deleite.

Pero la muerte del pecador que ha sido mordido por sus deseos y no ha sido salvado por la fe en Cristo, ¡oh, ¡qué terrible! No está en el poder del lenguaje mortal describir los horrores del lecho de muerte de un hombre que ha vivido sin Dios y sin Cristo. Desafío a todos los oradores que hayan vivido alguna vez, a que extraigan de su vocabulario palabras lo suficientemente llenas de horror y terror para representar la escena de partida del hombre que ha vivido en enemistad con Dios, y que muere con su conciencia vivificada entonces.

Algunos hombres, es cierto, viven en pecado y toman las últimas heces de su enamoramiento antes de morir y hundirse en el pozo con los ojos vendados, sin la menor punzada de horror. Pero otros hombres a quienes se les ha despertado la conciencia no mueren así. ¡Oh, los chillidos, los gritos, los gritos! ¡Ay, el rostro de la angustia, las contorsiones, la miseria! ¿Ha oído alguna vez cómo los hombres agitan los puños y juran que no morirán y cómo comienzan y declaran: "¡No puedo ni debo morir, no estoy preparado!" Volviendo desde el abismo de fuego, se aferran al médico y le piden, si es posible, que alargue el hilo de su existencia. Sí, muchas enfermeras han jurado que nunca volverán a cuidar a un hombre así, porque los horrores la acompañarán hasta que muera.

Y ahora, mis queridos oyentes, no se están muriendo ahora, pero se estarán muriendo pronto. Ninguno de ustedes ha arrendado sus vidas. Os es imposible garantizaros la existencia durante una hora más. ¡Y si sois sin Dios y sin Cristo, tenéis en las venas todo el veneno de esa muerte indecible que hará que vuestra partida sea más dolorosa que inexpresable! Ojalá pudiera cortar las cuerdas de mi lengua tartamuda para dirigirme a usted con vehemencia y pasión sobre este tema. Los hombres mueren todos los días a nuestro alrededor; en este mismo momento hay miles que parten hacia el mundo de los espíritus. En los aposentos altos, los parientes de luto derraman torrentes de lágrimas sobre sus frentes ardientes.

Lejos en el mar embravecido, donde la gaviota lanza el único grito sobre el marinero náufrago, abajo, profundo, profundo, profundo, en el valle más bajo y en lo alto de las colinas más altas, los hombres están muriendo ahora y muriendo en todas las agonías que he tratado de describir, pero no he podido hacerlo. ¡Ah, y tú también debes morir! ¿Y seguirás adelante sin darte cuenta, irás paso tras paso, cantando alegremente todo el camino y sin soñar con lo que está por venir?

¡Oh, serás como el buey tonto que va fácilmente al matadero, o serás como el cordero que lame el cuchillo del carnicero! ¡Loco, loco, oh hombre, que debes ir a la ira eterna y a las cámaras de la destrucción y, sin embargo, ningún suspiro sale de tu corazón, ningún gemido es emitido por tus labios! Mueres todos los días, pero nunca gimes hasta el último día de tu muerte, que es el comienzo de tu miseria. Sí, la condición de la masa de los hombres es como la condición de los hijos de Israel, cuando fueron mordidos por las serpientes.

2. Y ahora viene EL REMEDIO. El remedio de los israelitas mordidos era una serpiente de bronce. Y el remedio para los pecadores es Cristo crucificado. "Tonterías, tonterías", dijeron algunos de los hijos de Israel, cuando oyeron que una serpiente de bronce levantada sobre una asta sería el medio de su curación. Muchos de ellos se rieron con la alegría de la incredulidad: "absurdo, ridículo, ¿quién ha oído hablar de algo así? ¿Cómo puede ser? ¿Una serpiente de bronce levantada sobre una asta para curarnos de estas heridas, al ser observada? ¿Por qué toda la habilidad de los médicos no puede hacerlo? ¿Lo hará una mirada a una serpiente de bronce? ¡Es imposible!"

Esto lo sé, si no despreciaron a la serpiente de bronce, hay muchos que desprecian a Cristo crucificado. ¿Te digo lo que dicen de Él? Dicen de Él lo mismo que de la serpiente de bronce. Alguien sabio dijo: "¿Por qué fue una serpiente la que hizo el daño? ¿Cómo puede una serpiente deshacerlo?" Sí, y los hombres dirán: "Fue por el hombre que el pecado y la muerte entraron en el mundo y ¿puede un hombre ser el medio de nuestra salvación?" "¡Ah!", dice otro, teniendo el prejuicio de un judío sobre él, "¡y qué hombre era Él! Ningún rey, ningún príncipe, ningún poderoso conquistador. No era más que un pobre campesino y murió en una cruz". Ah, eso dijeron algunos en el campamento. Dijeron que era solo una serpiente de bronce, no una de oro y ¿cómo podría serles útil una serpiente de bronce? No se vendería por mucho si se rompiera. ¿Cuál fue el uso de la misma? Y así dicen los hombres de Cristo. Despreciado y desechado entre los hombres, varón de dolores y experimentado en quebranto, y de él esconden sus rostros, porque no ven cómo él es apto para su curación.

Pero algunos tendrán que la predicación de la Cruz no sólo no puede salvar, sino que aumentará el mal. Los médicos antiguos nos dicen que el bronce era lo más probable en el mundo para hacer que la gente muriera más rápido. La vista de cualquier cosa que sea brillante

tendría el efecto de hacer que el veneno fuera aún más fuerte en sus efectos, de modo que sería la muerte inmediata mirar el bronce. Y, sin embargo, por extraño que parezca, mirar a la serpiente de bronce los salvó. "Ahora", dice el incrédulo, "no puedo ver cómo los hombres pueden ser salvos del pecado por la predicación de Cristo". "En verdad Señor", dice, "¡Ve y diles a los hombres que, aunque nunca hayan pecado tanto, si creen, sus pecados serán lavados! Pues se aprovecharán de eso y serán más malvados que nunca. ¡Dices a los hombres que sus buenas obras no sirven de nada, que deben descansar solo en Cristo!" "Pues", dice el escéptico, "mi querido compañero, será la destrucción de toda moralidad, en lugar de una cura, será una muerte. ¿Por qué predicarlo?"

Ah, la predicación de la Cruz es locura para los que se pierden. Pero para nosotros los que somos salvos, es Cristo el poder de Dios y la sabiduría de Dios. Yo mismo no puedo dejar de admitir que, a primera vista, la serpiente de bronce parece ser el invento más absurdo, en sí mismo, para curar a los que fueron mordidos, que jamás la mente del hombre podría haber inventado. Y, sin embargo, veo en la serpiente de bronce, cuando vengo a estudiarla, la sabiduría más alta que incluso Dios mismo podría desarrollar.

Puedes estar seguro que la Cruz de Cristo también en su apariencia exterior parece ser la sencillez de la sencillez, algo en lo que cualquiera podría haber pensado, pero que habría estado por debajo de su pensamiento. Pero cuando llegas a estudiar y comprender el maravilloso esquema de la justicia de Dios vindicada y el hombre perdonado a través de la sangre expiatoria de la Cruz, digo que ni siquiera el poderoso intelecto de Dios podría haber concebido un plan más sabio que la sabiduría de Dios mostrada en Cristo. Jesús crucificado.

Pero recuerda que por mucho que los que oyeron hablar de la serpiente de bronce la hayan despreciado, no había otro medio de curación. Y, ahora escúchame por un momento mientras cuento toda la historia de la salvación. Hombres, hermanos y padres, somos nacidos de una generación pecadora y nosotros mismos hemos aumentado nuestra culpa. Para nosotros no hay esperanza, hagamos lo que podamos, no podemos salvarnos a nosotros mismos.

***“¿Podría nuestro celo nunca conocer un respiro?
¿Podrían nuestras lágrimas fluir para siempre?
Todo porque el pecado no podría expiar”.***

Pero hermanos, Cristo Jesús, el Hijo eterno de Dios, vino a este mundo y nació de la virgen María. Vivió una vida triste de miseria y al final murió una muerte acompañada de dolores indecibles: ese fue el castigo de los pecados de aquellos que, como penitentes, vienen a Cristo. Si hoy te arrepientes y pones tu confianza en Jesús, tienes en tu confianza y arrepentimiento una prueba segura de que Cristo fue castigado por ti.

3. Y ahora, ¿QUÉ SE HABÍA DE HACER CON LA SERPIENTE DE BRONCE? El texto dice, "Moisés lo levantó", y leemos que él debía levantarlo sobre un poste. Ah, queridos amigos, y Cristo Jesús debe ser exaltado. ¡Él ha sido levantado, los malvados lo levantaron, cuando, con clavos en un madero maldito, lo crucificaron! Dios Padre lo ha levantado. Porque lo ha exaltado hasta lo sumo, muy por encima de principados y potestades. Pero el negocio del ministro es levantarlo. Hay algunos ministros que olvidan que su misión en el mundo es exaltar a Cristo.

Supongamos que Moisés, cuando Dios le dijo que levantara la serpiente de bronce, hubiera dicho en sí mismo: "Me conviene, antes de que la levante, que haga algunos comentarios explicativos. Y en lugar de levantarlo ante la multitud vulgar, iniciaré a unos pocos probados, para que lo entiendan. Arreglaré alrededor de esta serpiente unas telas de oro, la adornaré con un tapiz de plata para que no sea vista por los ojos vulgares y trataré de explicárselo".

Ahora bien, esto es lo que muchas personas sacerdotales en esta época y en épocas pasadas han tratado de hacer. ¡Piensan que los Evangelios no deben ser predicados a los pobres! "La Biblia", dice la Iglesia de Roma, "¡no debe ser leída por la multitud vulgar! ¿Cómo pueden entenderlo? ¡Es algo demasiado sagrado para que la gente común lo vea! ¡No, envuelvan a la serpiente de bronce! Envuélvelo en una tela, no dejes que se exhiba". "No", dicen nuestros ministros protestantes, muchos de ellos, "¡la Biblia debe ser dada pero nunca debemos alterar la traducción de la misma!" Hay algunos pasajes en la presente traducción que son tan oscuros que ningún hombre puede entenderlos sin una explicación.

"Pero no", dicen los teólogos de esta época, "no queremos que la Biblia se traduzca correctamente, la gente siempre debe soportar una traducción defectuosa. ¡La serpiente de bronce debe estar envuelta porque alteraría las cosas si tuviéramos una nueva traducción!" "No", dicen otros, "tendremos una nueva traducción, si es necesario. ¡Pero hay algunas partes de la Verdad que no deben ser predicadas!" Ahora no estoy tergiversando a algunos de mis Hermanos en el ministerio. Sé que sostienen que algunas doctrinas de la Palabra de Dios no deben predicarse, al menos todos los días.

Dicen que la elección es verdadera. Pero nunca lo mencionan. Dicen que la predestinación es sin duda una doctrina piadosa, pero debe mantenerse alejada de la gente. Debe estar en su credo, o de lo contrario no serían sanos. Pero en el púlpito no debe mencionarse en absoluto. "No," dice la Iglesia de Roma, "si tenemos una serpiente de bronce, la pondremos en el lugar sagrado, donde no se vea, y tendremos el humo del incienso delante de ella, para que no se vea claramente. La pompa, la ceremonia y los adornos de la formalidad la protegerán de la mirada vulgar de la gente. ¡Lo tendremos ceñido por todas partes con mil ceremonias que abstraerán el Evangelio y dejarán que la gente se contente con las ceremonias!"

Ahora en estos días hay grandes tendencias a eso. Los puseyitas están tratando, en lugar de predicar la sencillez del Evangelio, de darnos figuras. "Oh", dicen, "¡qué cosa más elevada es una iglesia gótica! ¡Cómo eleva el alma al Cielo sentarse en un lugar donde hay un bosque de columnas góticas! ¡Oh, qué dulce influencia tiene en la mente un órgano bien tocado! Nos dicen que hay una especie de influencia celestial que se derrama de las vestiduras cuando están bien usadas, y que ver al sacerdote desempeñar sus funciones de una manera santa y reverente es una forma excelentísima de impresionar a las almas.

Nos harán creer que el acebo en Navidad es algo muy celestial y espiritual. Nos enseñan que nuestras pasiones serán llevadas al Cielo por estas pequeñas ramitas de verde. Que poner flores de vez en cuando donde deberían estar las lámparas de gas tiene una influencia extraordinaria para llevar nuestras almas al Paraíso. ¡Que encender velas a la luz del día es simplemente la forma más espléndida en todo el mundo de mostrar el sol de justicia!

Ahora, no coincidimos exactamente con sus puntos de vista. Creemos que estos lugares son buenos para los niños. Allí no son tan propensos a llorar, porque hay más cosas para divertirlos. Pero nunca pudimos ver cómo un hombre, que era un hombre, podría sentarse ante algo tan infamemente tonto como la religión de un Puseyita. No hay nada en él más que pura tontería y todo lo que el Evangelio no puede ser visto. Es como si Aarón hubiera llenado su incensario con incienso y lo hubiera agitado ante la serpiente de bronce y hecho un gran humo para que la gente no pudiera verlo. Y luego el pobre Moisés se quedó atrás y trató de mirar, pero ninguna de las pobres almas podía ver porque había humo delante de ellos.

No, lo único que tenemos que hacer con Cristo Jesús crucificado es solo levantarlo y predicarlo. Hay muchos hombres que solo pueden hablar en el dialecto de un labrador que llevarán una corona brillante y estrellada en el Cielo, porque levantaron a Cristo y los pecadores vieron y vivieron. Y hay muchos doctores doctos, que hablaban con el acento del egipcio, y con el lenguaje oscuro y misterioso, hablaba no sabía qué, que, después de haber terminado su carrera, entrarán en el cielo sin una estrella solitaria en su corona, sin haber levantado nunca a Cristo, ni ganado coronas para su Maestro.

Que cada uno de los que somos llamados a la obra solemne del ministerio recordemos que no estamos llamados a ensalzar la doctrina, ni el gobierno de la Iglesia, ni denominaciones particulares. Nuestro negocio es exaltar a Cristo Jesús y predicarlo plenamente. Puede haber ocasiones en las que se deba discutir el gobierno de la Iglesia y se deban vindicar doctrinas peculiares. Dios no permita que debamos silenciar cualquier parte de la Verdad. El trabajo principal del ministerio, su trabajo diario, es simplemente exhibir a Cristo y clamar a los pecadores: "Creed, creed, creed en aquel que es el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo".

Y que se recuerde que, si el ministro predica a Cristo claramente, eso es todo lo que tiene que hacer. Si con cariño y oración predica a Cristo en plenitud, si nunca se salvara un alma, lo cual creo que sería imposible, habría hecho su obra y su Maestro diría: "bien hecho". Me alejé de este salón después de predicar sobre diferentes doctrinas y aunque muchos me felicitaron tontamente, me dije a mí mismo: "No puedo más que gemir por haber tenido tal tema". Y en otro tiempo, cuando he estado vacilando en mi pronunciamiento y cometido mil garrafales en mi discurso, me he ido tan feliz como un príncipe, porque he dicho: "Yo prediqué a Cristo".

Había suficiente para que los pecadores fueran salvos. Y si todos los periódicos del mundo abusaran de mí y todos los hombres del mundo dijeran, 'llora hacia abajo', aún viviré y aún respiraré mientras pueda sentir en mí mismo: "He predicado a los pecadores y Se les ha predicado a Cristo para que lo comprendan, se aferren a él y se salven".

4. Y ahora, queridos amigos, casi he concluido, pero he llegado a la parte del discurso que necesita más poder. ¿QUÉ HABÍA DE HACER ISRAEL? ¿Qué deben hacer los pecadores convictos? Los israelitas debían mirar. El pecador convicto debe creer. ¿Te imaginas a Moisés con su reverenciada cabeza erguida y gritando audazmente con todas sus fuerzas: "¡Mira, mira, mira!" ¿Lo ven, como con su mano derecha agarra el palo y lo levanta y marcha con él a través del campamento? Él es como un gran portaestandarte, señalando con el dedo y hablando con la mano y el ojo y el labio y el pie y cada parte del cuerpo, mientras pide apasionadamente al pobre Israel mordido que mire.

Quizá puedas concebir la escena en la que los hombres ruedan unos sobre otros. Y los moribundos y casi muertos contemplan la serpiente de bronce y comienzan a vivir. Ahora tenga en cuenta que puede haber algunos en el campamento que no mirarían. Obstinadamente cerraron sus ojos y cuando el poste fue acercado a ellos no miraron. Tal vez fue por incredulidad. Dijeron: "¿De qué sirve? ¡No puede hacernos ningún bien!" Ahí está el desdichado, el poste está delante de él y, sin embargo, no mirará. Bueno, ¿qué será de él? ¡Oh, los dolores de la muerte están sobre él! ¡Mira cómo lo retuerce la muerte! ¡Cómo su carne parece retorcerse en agonía!

Ha cerrado sus ojos con toda la fuerza y pasión que puede ordenar, para que no se abran sobre esa serpiente de bronce y viva. Ah, mis oyentes, tengo uno así aquí hoy. Tengo muchos aquí que no vendrán a Cristo para ser salvos, hombres que, cuando se les predica el Evangelio, lo resisten, lo desprecian y lo rechazan. Aunque la recepción del Evangelio es toda de gracia, sin embargo, el rechazo de él es todo del hombre. Y tengo algunos aquí que a menudo han sido tocados en su conciencia. A menudo se les ha movido a creer, pero se han fijado desesperadamente en el mal y no querían venir a Cristo.

Ah, pecador, poco sabes cuán terrible será tu destino. Puede que hoy me digas que no

crees en el Salvador. Puedes apartar tu oído de la advertencia y decir: "¿Por qué hay que hacer tanto ruido al respecto? ¡Preferiría morir antes que creer, porque no creo que Cristo pueda salvar! ¿Qué hay de bueno en ello? Ah, señor, puede que me rechace, pero recuerde que hay un predicador más grande que yo, que pronto vendrá a usted. ¡Él, con un brazo esquelético, un dedo huesudo y un discurso frío, se congelará y, sin embargo, convencerá! ¡Es uno llamado Muerte! Mírame a la cara hoy. Y dime que te predico una mentira, ¡puedes hacerlo fácilmente! Mira a la Muerte a la cara mañana y dile eso y te resultará más difícil.

¡Sí, y si tienes la temeridad de hacer eso, no mirarás el rostro del Gran Juez, cuando Él se siente en el Trono! ¡Dile que Su Evangelio no era verdadero! Asustados y alarmados, correréis de aquí para allá para esconderos del rostro de Aquel que está sentado en el Trono. Tal vez hubo algunos en el campamento que dijeron que mirarían poco a poco, "Oh", dijeron, "no hay necesidad de mirar ahora, el veneno aún no ha hecho efecto, todavía no estamos muertos. ¡Un poco más!" ¡Y antes de pronunciar la última palabra estaban rígidos y fríos como la arcilla! ¿Cuántos hacen lo mismo? Todavía no serán religiosos, otro día, otra hora.

Creer que pueden ser piadosos cuando quieren, lo cual es una falacia. Y por lo tanto pospondrán el asunto todo lo que puedan. ¿Cuántos han pospuesto el día de la salvación hasta que llega el día de la condenación antes de haberse arrepentido? Oh, ¿cuántos han dicho: "Un poco de sueño, un poco de cruce de manos" y han sido como hombres a bordo, cuando el barco se estaba hundiendo, que no escaparían mientras pudieran, sino que todavía se quedaron en cubierta? Al fin se los tragó el mar y se hundieron vivos en las profundidades. Tenga cuidado con la demora. ¡Los retrasos son peligrosos y algunos retrasos son condenables! Mira aquí, mira aquí a Cristo sangrando en la Cruz. Mire ahora, porque el Espíritu dice: "hoy, si oyereis su voz, no endurezcáis vuestros corazones como en el día de la provocación".

No dudo que hubo algunos allí que probaron a los médicos: "¿Mira la serpiente de bronce?" dijeron ellos, "nosotros no. Doctor, venga aquí, traiga su bálsamo. ¿No puedes tomar el cáustico y quemar este veneno de mi brazo y luego verter un poco de licor que me salvará? Médico, ¿no tiene usted antídoto que me refresque la sangre? Ah, me río de esa serpiente de bronce. No lo miraré. ¡Confío en tu habilidad, oh erudito médico!" ¿Y cuántos ahora hacen lo mismo? Dicen "No creeré en Cristo. Trataré de hacerlo mejor, me reformaré, asistiré a todas las ceremonias de la Iglesia. ¿No puedo ayudarme a mí mismo y mejorarme de tal manera que no tenga necesidad de Jesús?"

Ah, podéis intentarlo, podéis poner esa unción halagadora en vuestras almas y cubrir la herida ulcerosa, pero mientras tanto la corrupción oscura dormirá dentro y finalmente estallará en llamas dolorosas sobre vosotros. Entonces no tendrás tiempo de intentar una cura, sino que serás arrastrado, no al hospital de la misericordia, sino como el leproso fuera de la ciudad, serás arrojado fuera de la esperanza de la bienaventuranza.

Puede ser que hubo algunos que estaban tan ocupados mirándose las llagas que no pensaron en mirar a la serpiente. Pobres criaturas, yacían en su miseria y miraban primero esa herida del pie y luego la de la mano, y lloraban sobre sus llagas y nunca miraban a la serpiente. Decenas y cientos perecen de esa manera. "Oh", dice el pecador, "¡he sido tan pecador!" Hombre, ¿qué tiene eso que ver con eso? Cristo es todo meritorio, míralo. "No, no", dice otro, "no puedo mirar a Cristo. Oh, señor, no sabe qué crímenes he cometido. He sido un borracho, he sido un mentiroso, he sido un prostituto, ¿cómo puedo salvarme?"

Mi querido hombre, tus heridas no tienen nada que ver con eso, es solo Cristo en la Cruz. Si alguna pobre criatura, mordida por la serpiente, me hubiera dicho: "Ahora no es bueno que mire allí. Mira con qué frecuencia me han mordido. Hay una gran serpiente que se enrosca en mis lomos, hay otra que me devora la mano, ¿cómo voy a vivir?". Debería decirle: "Mi querido compañero, no te fijes si tienes una serpiente o cincuenta serpientes, una mordida o cincuenta mordidas. Todo lo que tienes que hacer es mirar. No tienes nada que ver con estos mordiscos excepto que tienes que sentirlos y perecer por ellos a menos que mires. Pero mira directamente a Cristo".

Y ahora, primero de los pecadores, cree en el Señor Jesús. Y por muchos que sean vuestros pecados, Él puede salvar hasta lo sumo a los que por Él se acercan a Dios. Y, sin embargo, ¿cuántos perecen a través de muchos engaños, con el Evangelio ante sus propios ojos, levantado en el poste tan claramente que nos maravillamos de que no lo vean? Y ahora debo decirte una o dos cosas dulces para el aliento del pobre pecador. Oh, ustedes que son culpables esta mañana y saben que lo son, permítanme decirles: "Miren a Cristo". Porque acordaos de que la serpiente de bronce fue levantada para que todos los que fueran mordidos en el campamento vivieran. Y ahora Cristo es levantado hacia ti para que "todo aquel que en él cree, no se pierda, más tenga vida eterna".

Pecador, el diablo dice que estás excluido. Dile que "cualquiera" no excluye a ninguno. ¡Oh, esa palabra preciosa, "cualquiera"! Pobre alma, veo que te aferras a él y dices: "Entonces, señor, si creo, ¿no me desechará?" Veo a la ramera en toda su culpa lamentándose de su iniquidad. Ella dice que es imposible que Cristo la salve. Pero ella oye que se dice: "Cualquiera", ¡y mira y vive! Recuerden, no importaba la edad que tuvieran, ni la cantidad de mordeduras que tuvieran, ni el paradero en el campamento donde vivieran. No hicieron más que mirar y vivir.

Y ahora, vosotros que os habéis encanecido por la iniquidad, cuyo cabello preferiría ser negro que blanco si mostrasen vuestro carácter, porque ha sido ennegrecido por años de vicio, recordad que Cristo es el mismo para los grandes pecadores que para los pequeños pecadores. El mismo Cristo para las canas que para los niños, el mismo Cristo para los pobres

que para los ricos, el mismo Cristo para los deshollinadores que para los monarcas, el mismo Cristo para las prostitutas que para los santos, "cualquiera".

Utilizo palabras amplias para poder abarcar un amplio rango y barrer todo el universo de pecadores: todo aquel que mire a Cristo vivirá. Y acordaos que no dice que si se vieran poco no vivirían. Tal vez hubo algunos de ellos tan mordidos que se les hincharon los párpados y apenas podían ver. El viejo Christopher Ness dice: "Puede haber algunos de ellos que tenían tan poca vista que solo podían entrecerrar los ojos con un ojo". Dice él, en su extraño idioma: "Si tan solo lanzaran una pequeña mirada a la serpiente de bronce, vivirían".

Y tú que dices que no puedes creer. Si Dios te da solo medio grano de fe, eso te llevará al Cielo. Si tan solo puedes decir: "Oh Señor, quiero creer, ayúdame en mi incredulidad", si puedes simplemente extender tu mano con Simón Pedro y decir "Señor, sálvame, o perezco", es suficiente. Si tan solo puedes orar la oración del pobre publicano: "Dios, sé propicio a mí, pecador", eso será suficiente. Y si no puedes cantar con algunos de los viejos santos experimentados,

***"Mi nombre de las palmas de sus manos,
La eternidad no puede borrar".***

recuerda que es bastante, si sólo puedes cantar,

***"Solo puedo perecer si me voy,
estoy resuelto a intentarlo;
Porque si me mantengo alejado,
Sé que debo morir para siempre".***

Y ahora, pobre alma, casi lo he hecho. Pero no puedo dejarte ir. Te veo con la lágrima en el ojo. Te escucho confesar tu culpa y lamentar tu pecado. Te pido que mires a mi Maestro y vivas. No tengas miedo de probar a mi Señor y Maestro. Sé cuál es tu timidez. He sentido lo mismo y pensé que Él nunca me salvaría. Ven alma, ahora estás en secreto contigo misma, porque, aunque hay miles a tu alrededor, crees que te hablo solo a ti. Y así soy. Hermano mío, hermana mía, hoy estáis llorando a causa del pecado, mirad a Jesús.

Y para su ánimo tenga en cuenta estas tres cosas. Note primero que Jesucristo fue puesto en la Cruz a propósito para que usted lo vea. La única razón por la que murió fue para que los pobres pecadores pudieran mirarlo y ser salvos. Ahora, mis queridos hermanos, si ese fue el propósito de Cristo al ser colgado en el madero, no deben pensar que no lo pueden hacer. Si Dios envía un río y nos lo envía para que bebamos, ¿lo decepcionarás al no beber? No, más bien dirás: "¿Él me diseñó para beberlo? Entonces lo beberé. Ahora, Jesús colgó de la Cruz con

el propósito de ser mirado. Míralo, míralo y vive.

Recuerda nuevamente para tu aliento que Él te pide que mires. Él te invita a creer, Él ha enviado a Su ministro en este día, incluso para mandarte a hacerlo. Él me ha dicho: "Id por todo el mundo y predicad el Evangelio a toda criatura. El que creyere y fuere bautizado, será salvo". Ahora no necesito simplemente decir que la puerta de mi Maestro está abierta de par en par para ti. Diré algo más: Él me ha dicho que te pida que entres. La sabiduría clama en voz alta, da su voz en las calles, te invita, dice: "Mis bueyes y mis animales cebados están muertos, todo está listo, ven a la cena".

Sí, mi Maestro ha dado instrucciones a Su Espíritu Santo de que, si los hombres no vienen por sí mismos, los obligue a entrar para que Su casa se llene. Entonces, pobre pecador, debes ser bienvenido, Él tendrá suficientes pecadores para llenar Su mesa. Y si Él te ha hecho sentir tu pecado, ¡ven y bienvenido, pecador, ven! Y mi último aliento es este: ven a mi Maestro y pruébalo, porque Él promete salvarte. Las promesas de Jesucristo son todas ellas tan buenas como los juramentos. Nunca fallan. Él dice: "Todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna".

Ahora bien, si tuviera aquí un hombre que se declarara el más vil de los miserables de la tierra, le diría: Joven, me gusta mucho probar la Veracidad de las promesas de Dios. Ahora Dios dice que si crees no perecerás. Mi querido amigo, cuando un pecador común intenta y no falla, es una prueba de su veracidad, pero tú eres un pecador extraordinario. Ahora, pecador extraordinario, aventúrate en esta promesa: Él dice que no perecerás, ¡ven y pruébalo!

Y recuerde, Dios debe dejar de ser Dios y dejar de ser verdadero antes de poder condenar a un pecador que ha creído en Cristo. Ven a correr el riesgo, tú que estás tan cargado de pecado que te tambaleas bajo tu carga. Descansa en la simple promesa: "Él es poderoso para salvar hasta lo sumo". Solo arrójate completamente a Cristo y si no eres salvo, el Libro de Dios es una mentira y Dios mismo ha quebrantado Su Verdad, pero eso no puede ser. Ven y pruébalo. "Todo aquel que cree en Cristo no se pierda, más tenga vida eterna".